

ANTONIO ESCOBAR OHMSTEDE, ROMANA FALCÓN VEGA Y RAYMOND BUVE,
COORDS., **LA ARQUITECTURA HISTÓRICA DEL PODER. NACIONES, NACIONALISMO
Y ESTADOS EN AMÉRICA LATINA. SIGLOS XVIII, XIX Y XX**, MÉXICO,
EL COLEGIO DE MÉXICO Y CENTRO DE ESTUDIOS
Y DOCUMENTACIÓN LATINOAMERICANO, 2010, 335 pp.

Esta obra conjunta se adentra en un aspecto muy vigente de la historia latinoamericana y mundial: la dinámica del Estado, la nación y los nacionalismos. Aunque pareciera un tema superado en América Latina, sigue vigente. Puesto que los relativos fracasos, la falta de concreción de leyes y las decisiones gubernamentales, nos han llevado a una crisis política y económica que pareciera ser responsabilidad del proceso de construcción de la nación.

El libro se adentra en la compleja discusión sobre los conceptos de nación y Estado. En América Latina, en el siglo XIX, el forcejeo sobre el modelo de nación a seguir fue intenso. Y, guardadas las diferencias por países, aparecieron dos posiciones distintas; la liberal, para la cual era necesario romper definitivamente con el pasado ibérico, y la conservadora, en la que ese rompimiento era imposible, pues se consideraba que el pasado que dejó la presencia española era la esencia de la nacionalidad. Ese tira y afloja produjo grandes desavenencias y al final parece que fue el desarrollo del capitalismo, el que logró la consolidación de la nación, al menos en cuanto a que se promovió la construcción de un mercado interno. Durante la década de 1930, y liderado por el populismo, se fue generando la universalización del sentimiento nacional, ayudado por el uso de la imprenta y la escolarización en masa. En este período apareció la noción de nación como comunidad, liderada por los sectores populistas que lucharon contra la política oligárquica. Sin embargo, sostiene el libro que la historia política de las repúblicas de América Latina estuvo definida por el contraste entre la igualdad legal, la discursiva y la continuación de las formas de inequidad política y económica (p. 96). En términos del Estado, se impuso uno excluyente y racista, incluso durante el siglo XX. Fueron procesos más recientes los que, luego del fracaso de los modelos de Estado externos, buscaron revalorar los elementos de la cultura popular latinoamericana. Los autores plantean que, a pesar del desprecio de la élite por las manifestaciones de las masas, en el Estado no todo

fluye de arriba hacia abajo, a veces también las cosas van en la vía contraria.

Buena parte de los artículos que integran el libro se remiten a las posiciones que durante el siglo XIX y XX se han manifestado en torno a cómo crear naciones que tienen poblaciones étnica y culturalmente muy variadas. Y, a la vez, cómo afrontar la continua exclusión racial de las sociedades americanas. Los artículos se orientan especialmente al tratamiento del tema de los indígenas en las propuestas de construcción de la nación. Resumiendo, el libro muestra tres maneras con las que se intentó asumir el tema indígena. La primera, en el período de la independencia, cuando a los pueblos originarios se les consideró un obstáculo para la consolidación de la nación. Por ello se aconsejó el exterminio del indio o su homogenización, se escucharon salidas como la eugenesia, las teorías integradoras, asimiladoras e higienistas. Se propuso el mestizaje, y mejor si era con europeos, para reparar la raza, aunque también puede considerarse como una reacción directa a las ideas racistas, que hablaban de evitar la mezcla. En todo caso era mejor disminuir las identidades, en aras de la identidad nacional. Luego en el siglo XX, en medio del auge de las economías de exportación, el libro nos muestra el caso de los indios pamperos y patagónicos en Argentina, que representaban un obstáculo en la conformación del mercado capitalista de tierras por lo que poco a poco fueron acorralados y sus tierras usurpadas. Segundo, se planteó un cierto merito a las sociedades indígenas prehispánicas, sobre todo a partir de la década de 1930, cuando reconocidos antropólogos norteamericanos y europeos empezaron a redescubrir las grandes obras culturales de los Mayas, los Incas y los Aztecas. Pero para los gobiernos y las élites latinoamericanas, si bien era cierto que existió un pasado prehispánico glorioso, la visión racista y etnocentrista decía que de esa fuerza del pasado quedaba poco. Otras visiones intentaron conservar al indio como un elemento folklórico, un ser exótico y mitológico, que podía usarse como atractivo turístico. Tercero, algunas corrientes de intelectuales promovieron imágenes estereotipadas de los indígenas, en las que la admiración por los pueblos ancestrales los llevó a plantear que la imposición de la cultura indígena era la solución para los problemas sociales. El problema era que esa visión podría haber desembocado en un etnocentrismo invertido en el que lo andino se consideraba superior.

Los ideales republicanos que se promulgaron en las nuevas naciones latinoamericanas incluyeron la igualdad, al menos para los indígenas, porque los negros mantuvieron la condición de esclavos. Una de las primeras medidas que suponía la paridad de los ciudadanos era la abolición del tributo indígena para poner fin del pacto colonial. Sin embargo, al menos hasta bien entrado el siglo XIX, pocos países cumplieron con esa disposición porque las finanzas públicas necesitaban de ese recurso. Así mismo, la abolición del trabajo obligatorio se cumplió a medias, pues el reclutamiento forzado en los ejércitos

nacionales o locales se siguió usando y obligó a los indígenas a participar en conflictos que no les correspondían, guerras en las que además fueron esquilimados porque los ejércitos usurpaban sus bienes. Por eso, cuando se evalúan las consecuencias de la Independencia para los indígenas, se observa que la desaparición de ciertas instancias intermediadoras coloniales llevó al resquebrajamiento de algunas estructuras sociales y étnicas que, por lo menos en teoría, protegían al indio. Una clara muestra de ello es lo que sucedió con las propiedades comunales de los indígenas, las cuales se incorporaron al resto de mercado de tierras y las comunidades, mediante engaños o la fuerza, fueron despojadas de ese recurso. Sin hablar del limitado acceso a los derechos políticos y sociales que aún hoy siguen reclamando los pueblos originarios. Bajo el argumento de la inferioridad racial del indio, su condición de subalternos se mantuvo en las nuevas naciones.

Un eje valioso del libro es que varios de sus artículos enfatizan que los indígenas no se mantuvieron impávidos ante la ambición de la élite republicana. Durante el siglo XIX, algunas autoridades indígenas fueron revaloradas porque el gobierno solo podía cobrar el tributo con su mediación. Igualmente, las rebeliones indígenas reclamando su derecho sobre la tierra y uso del agua dieron paso a reformas agrarias posteriores, que socavaron el poder terrateniente. Muchas comunidades también usaron la fuerza para oponerse a las reformas seculares de los liberales que apuntaban a romper las estructuras corporativas que los amparaban. También empezaron a demandar al Estado para que fuera un real mediador en los conflictos que los aquejaban. Y ya en el siglo XX, algunas de sus demandas incidieron en las políticas públicas nacionales.

En general, el lector encuentra con un libro escrito con mucha seriedad y, aunque se trate de artículos monográficos sobre sitios o hechos particulares, la unión de todos los textos ofrece una mirada general sobre la conformación de la nación en América Latina, sobre todo del siglo XIX pues las referencias más contemporáneas son muy escuetas. Por tratarse de trabajos históricos están enriquecidos con fuentes que permiten conocer las particularidades en la edificación del modelo de nación que varios países latinoamericanos persiguieron y, sobre todo, las profundas ambigüedades que supuso la construcción de la ciudadanía en sociedades profundamente desiguales como las que se heredaron del período colonial.

Paula Daza

Universidad Andina Simón Bolívar-Sede Ecuador